

SUJETOS Y VOCES EN *EL JINETE POLACO* DE ANTONIO MUÑOZ MOLINA¹

Por *Marcela Romano*

INTRODUCCIÓN

El jinete polaco, última novela de Antonio Muñoz Molina² es un texto de itinerarios, de desplazamientos, de migraciones, a nivel cronológico, espacial, existencial, mítico, histórico, enunciativo. Desde un presente que abre y cierra la novela casi circularmente. Nadia Galaz y Manuel reconstruyen con palabras su linaje y el de la ciudad de Mágina a partir de las fotografías que regalara Ramiro Retratista, el fotógrafo del pueblo, al comandante Galaz, padre de Nadia. En la nevada Nueva York, distanciados cronológica y espacialmente, recuperan, a través de los recuerdos que proporcionan la imágenes, una historia común, que empieza a fines del siglo pasado, atraviesa la guerra y posguerra y llega hasta los sucesos del Golfo. Historia que une las biografías de ambos secretamente, y que les da, a partir de las vidas de los otros, el espesor existencial, la identidad que hasta el presente no han encontrado.

El propósito de las líneas que siguen es descubrir las articulaciones entre identidades y palabras, sujetos y voces, que operan en el texto explicitadas como tematizaciones o bien desde la itinerancia enunciativa, en un conjunto polifónico a través del cual el texto debe leerse desde su espesor, en simultaneidad de tiempos, lugares y biografías. La posibilidad de la palabra como signo en plenitud de significación da cuenta, en la novela, de la posibilidad, también, de encontrar en ella sujetos finalmente autocentrados, descubriendo sus verdaderas identidades, reencontrándose consigo mismos y entre sí a través de diferentes lenguajes. Las voces y el cuerpo, en el caso de Nadia y Manuel. Pero también, los sonetos y la autobiografía novelada mantenidos en secreto (el subcomisario Florencio Pérez), la ficcionalización magnificada de la propia vida (abuelo Manuel), la feliz posibilidad de sobrevivir a la muerte a través de las expresiones propias cristalizadas y transmitidas de generación en generación (abuela Leonor).

Confianza en el lenguaje que es tributaria de una confianza en el sujeto, *El jinete polaco* ingresa en los discursos de la posmodernidad con una propuesta heterodoxa que estas páginas intentan, sumariamente, explorar.

¹ Este trabajo es tributario del seminario de posgrado "El discurso narrativo (Algunos problemas metodológicos de un modelo de análisis postestructuralista). La novela española al filo del milenio", dictado por el Dr. Joan Oleza i Simó (Universitat de Valencia) en la Facultad de Humanidades de nuestra Universidad Nacional de Mar de Plata, Argentina, entre el 20 y el 30 de septiembre de 1993.

² Antonio Muñoz Molina. *El jinete polaco* [Premio Planeta 1991]. Bs. As.: Planeta, 1992. 577 pp. De aquí en adelante citaremos con esta edición.

LAS VOCES DISPERSAS

Es sin duda el narrador y protagonista narrativo, Manuel, el personaje en que mejor se dibuja la articulación entre lenguajes y sujeto: su biografía se desenvuelve entre una extranjería existencial (en principio buscada) y el reconocimiento definitivo de la propia identidad a través de sus vínculos (o des-vínculos) con las palabras.

Desde su adolescencia, Manuel desea escapar de Mágina, de España y hablar, consecuentemente, otras lenguas: "...odiando la ciudad donde vivía y la única clase de vida que había conocido y que legítimamente tenía derecho a esperar en nombre de otras vidas que le fueron anunciadas por la canciones, los libros y las películas...las voces de la radio y los nombres de las ciudades que veía en los mapamundis..." (p. 11). Esta vocación nómada es alimentada, por su parte, por el imaginario juvenil de su época, especialmente a través de los rituales de la música "pop" angloamericana: la rebeldía en el atuendo, la atracción por las drogas, y sobre todo, la fascinación por el inglés (203).

La insatisfacción ante la vida pueblerina lleva a Manuel a prefigurar su futuro bajo diversas máscaras: huyendo de Mágina hacia un país extranjero, en la yegua de su padre, como los "Riders on the storm" de Jim Morrison (y en correspondencia con "El jinete polaco", la reproducción de Rembrandt, del comandante Galaz, que atraviesa toda la novela y es cifra de su dinámica nómada) (222); viviendo la *bohème* de París con una nórdica; de baterista en San Francisco con su amor de adolescencia, Marina; corresponsal en Roma; guerrillero antifranquista a la manera del Che (256/7).

La extranjería soñada finalmente se convierte en realidad: Manuel es, en el presente, un intérprete de idiomas, al principio de organismo internacionales y luego de agencias privadas, que recorre permanentemente el mundo antes ambicionado y hoy reducido a una cabina de traducción. Lo que había sido percibido como una auténtica vocación de adolescencia, hoy es signo de dispersión y desarraigo: "las [palabras] que suenan velozmente en los auriculares cuando estoy encerrado en la cabina de traducción, fragmentos de conversaciones o discursos, cientos de miles, millones de palabras pronunciadas al mismo tiempo en cuatro o cinco idiomas, y *ninguna tenía nada que ver conmigo...*" (390).

Sujeto y palabra se encuentran en esta instancia de la anécdota en una misma situación de fragmentación. El sujeto ha descubierto la falsedad de su vocación nómada, que lo ha llevado a una vida sin centros ni territorios propios, y en la cual se ve y es visto como un "ventrilocuo", un "marciano", un "muerto", un extraño, escindido de sí mismo, sin posibilidad de comunicarse verdaderamente. Su perfil se cruza, en este sentido, con otros personajes de la novela. En primer lugar Nadia, la hija americana del comandante Galaz, escindida entre dos tierras, dos lenguas, dos imaginarios, reflejados en su doble aparición en la novela, como Nadia y como "Allison". En segundo lugar, Galaz, el militar escapado a los Estados Unidos, con una doble y atomizada historia familiar (escamoteada visiblemente en la novela por el narrador) y existencial (su percepción de sí mismo como un "autómata"), sin pasado ni lugar: "Este ya no es mi país. Ya no hay ninguno que lo sea" (215).

Durante las instancias de una vida precariamente vivida, Manuel percibe que su relación con el lenguaje es una relación de mero tránsito, de "contactos", de simulacros de comunicación, sin espesor vital: "Soy la mirada neutra de una cámara, un oído que perci-

³ El subrayado en nuestro.

be palabras y un sistema de conexiones nerviosas adiestrado para identificarlas y convertirlas instantáneamente en las palabras de otro idioma, una voz acostumbrada a actuar como eco y sombra de otras voces...” (418). Mirada, oído, conexiones nerviosas, el sujeto no es más que una suma casual de funciones, un objeto de uso que deja de existir fuera de su cabina de traducción, esencialmente mudo en medio de la profusión de sus palabras, que son las de los otros. Traducción que indica, en efecto, el tránsito de un mensaje de un sujeto a otro sujeto, en un proceso dentro del cual Manuel es un mediador mecánico y finalmente descartado por el destino de una voz interminable y ajena.

LAS VOCES ENCONTRADAS

El encuentro con Nadia en Nueva York permite a Manuel (y a Nadia misma) descubrir y descubrirse en sus identidades e inaugurar una relación diferente con el lenguaje. La mayor parte del texto consiste en la reconstrucción (fuertemente escritural) del diálogo, de los relatos orales de Nadia y Manuel que van despejando los blancos y olvidos de sus vidas, entrecruzadas a su vez por la vidas en sepia de las imágenes de Ramiro Retratista, mirada paradigmática que recupera el pasado también desde su percepción visual. Estas voces son, también ahora, traducciones. Pero a diferencia de aquella transitoriedad de las palabras que pasaban por Manuel como por un cable de teléfonos, esta vez las palabras —las voces propias y ajenas, en su vitalidad oral— se quedan para darles su identidad, constituida en el espesor de todas las presencias evocadas:

“Le digo estas palabras a Nadia y mi voz es una resonancia de la voz nunca escuchada de mi bisabuelo Pedro y de la de mi madre, que tal vez las había aprendido de la suya, o de mi abuelo Manuel, tan aficionado a las frases sonoras. Igual que cuando estoy en una cabina de traducción, mi voz es un eco y una sombra de otras que me hablan al oído: pero ésta, tan remota, no se pierde ni se deshace en el vacío y en la confusión de las palabras, perdura entre ellas con un brillo de metal, con el calor de un ascua todavía ardiendo bajo las cenizas.” (138/9).

La fragmentación y el sinsentido del presente son anulados, entonces, por un impulso significador a través del cual el tiempo puede leerse en profundidad, transversal e históricamente, en las capas sucesivas y a la vez simultáneas de las voces y las biografías, que, emergiendo en su superficie, trazan también, mediante esas vidas privadas, la historia de España: “...todas las cosas irradiaban vínculos en el espacio y el tiempo, todo pertenecía a una secuencia nunca interrumpida entre el pasado y el presente, entre Mágina y todas las ciudades del mundo... entre él mismo y Nadia y esas caras en blanco y negro de las fotografías en las que era posible distinguir y enlazar no sólo los hechos sino también los orígenes más distantes de sus vidas” (16).

De la palabra como escenificación de una carencia Manuel llega a la palabra espesa en que coagulan los sonidos de las presencias humanas evocadas y también de las cosas: “Distingo el eco de cada uno de los llamadores de la plaza de San Lorenzo tan exactamente como las voces y las caras de los vecinos...” (45). Las palabras han dejado de ser simulacros, significantes vacíos, para construirse, ahora a su vuelta a Mágina, como realidades existencialmente plenas: “En casa de mis padres y en las calles de Mágina siento que habito en el reino de las palabras, y que vuelvo a ser habitado por ellas...” (552).

Por su parte, otro lenguaje, distinto del verbal pero asociado por su eficacia con él, es el que permite al sujeto superar su escisión para encontrar su centro: el del cuerpo. La

novela elabora, a lo largo de sus páginas, una teoría del deseo con puertos de llegada, una teoría del deseo pero también de su culminación efectiva en una relación de amor, como en sus mismas voces: "...mi torpe memoria igual que mi cuerpo se pierde y se confunde en el suyo, y ya no sé a quién de los dos pertenecen los labios, o las manos, o la respiración, o la saliva." (87). No casualmente la llegada de Nadia a Mágina coincide con la revelación de los amores apasionados entre Don Mercurio y Agueda, la emparedada de la Casa de las Torres, de los cuales es fruto el bisabuelo del protagonista. Ambas historias se cruzan más evidentemente, sin embargo, en un punto de encuentro específico, particularmente significativo: el intertexto del *Cantar de los Cantares*, cifra de la literatura erótica de todos los tiempos, extraído de una Biblia heterodoxa del siglo XVI, que yace, junto con las fotos y el grabado de Rembrandt, en el baúl de Ramiro Retratista, que es memoria de aquellos amores prohibidos y correlato de la relación entre Nadia y Manuel.

Pero la pluralidad (en relación simultánea) de voces e historias a la que nos hemos referido en este apartado no deben leerse solamente en sus figuraciones temáticas, sino especialmente, en las migraciones enunciativas del texto.

Contamos, en primer lugar, con la visión parcial pero complementaria de dos narradores-interlocutores en primera persona (Manuel y, en menor medida, Nadia), a su vez desdoblado el sujeto masculino en formas enunciativas más interiorizadas, como el monólogo interior, palabra privada junto a una palabra pública que es continente de todas las presencias evocadas. La polifonía se completa con un narrador en tercera persona, con rasgos de omniscencia, mediante el cual se filtran los secretos de los personajes evocados. Una y otra perspectiva actúan en solidaridad en la novela, reparan mutuamente las fisuras y blancos de sus puntos de vista, circulan alternativa e insistentemente alrededor de un mismo asunto oscureciendo e iluminando sus contornos. Los desplazamientos a nivel enunciativo están lejos de causar, como efecto de lectura global, la impresión de dispersión. Podemos hablar, mejor, de una concurrencia de miradas a través de las cuales se articulan transversalmente voces, identidades, tiempos, espacios, memorias compartidas, dentro de la ficción y también fuera de ella misma, en el territorio donde se alojan las señas, disfrazadas y escurridizas, del sujeto real Antonio Muñoz Molina, ficcionalizado parcialmente en Manuel.

Esta confianza última en las posibilidades representativas del lenguaje y en su poder creador que refleja la dinámica de la enunciación aparece marcada, finalmente, en algunos personajes por su relación productiva con aquél. Así, el subcomisario Florencio Pérez, dedicado siempre a la escritura secreta de sonetos, se aboca, en su vejez, a la tarea de escribir su autobiografía, en la que ficcionaliza sus peripecias vitales para reparar los huecos vividos insatisfactoriamente (62). Por su parte, el abuelo Manuel, fascinado por las palabras, reescribe en sus relatos orales también su propia vida, llenándola de emociones, aventuras y casualidades mágicas inexistentes (117). Ambos son, en su discurso, aquello que hubieran querido ser y no pudieron. Finalmente la abuela Leonor, referente familiar clave en la vida privada del protagonista, es recordada por el protagonista y su madre en sus expresiones usuales, sobreviviente de la muerte en los dichos que la invocan: "...es como si su presencia y su influjo nos hubieran quedado sobre todo en las palabras que los dos aprendimos de ella y la conmemoran sin nombrarla" (560).

La palabra es, efectivamente, la cifra, el lugar de encuentro y concurrencia de toda la cosmogonía desplegada en la novela. Como insiste la escritura, ella es invocación, conmemoración. Conmemoración del pasado para dar su perfil de identidad al presente, y, definitivamente, al futuro.

ALGUNAS CONCLUSIONES

A lo largo de este sumario análisis hemos podido verificar algunas cuestiones detalladas en la *Introducción* de nuestro trabajo. La más evidente, la preocupación que ha concentrado nuestra exploración, se ciñe al problema de los modos de constitución del sujeto y de la voz en *El jinete polaco*.

Vimos el tránsito desde un sujeto escindido, fragmentado en sus distintos niveles de existencia, hasta un sujeto autocentrado, cruzado en su presente por su integración con el pasado y el provenir, dueño de sus palabras y de sus actos, plenificado por el amor.

Paralelamente, hemos abordado el problema del lenguaje y la comunicación, en sus dos momentos: desde la dispersión y el simulacro de la voz vacía hasta la palabra “habitada” de sentido y de existencia concreta, en la cual se ritualiza la conmemoración (la memoria) como acto fundante de la propia identidad.

Algunas lecturas de la posmodernidad han impuesto la noción de un sujeto desencantado y des-centrado, y la de un lenguaje de imágenes en espejo sin referentes de realidad, en suma, un lenguaje sin voces ni sujeto, una mera reproducción de ecos nacidos de la nada. *El jinete polaco*, sin duda, se instala en polémica con esta ideología, en la medida en que rescata, contundentemente en su final, la confianza en el lenguaje y en la identidad. Lenguaje e identidad que propician, a su vez, el encuentro solidario, los proyectos a compartir, el reconocimiento de la operatividad y actualidad de un pasado encadenado al presente a través de un sentido, la posibilidad, desde ellos, de generar un futuro. Quizás, también, nuevas formas de entregarse a la aventura de la utopía.